

LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA
DEL
HOGAR

30
cts



WERNER FUETTERER
GRETEL BERNDT
EDICIONES BISTAGNE

**Cuatro
estudiantes**

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

AÑO III Francisco-Mario Bistagne NÚM. 97

Cuatro estudiantes

Deliciosa comedia, interpretada por
**Werner Fuetterer, Gretel
Berndt** y otros notables artistas.

Exclusiva

de

L. Gaumont

Paseo de Gracia, 66 BARCELONA

POSTAL-REGALO: DOROTHY APPELBY

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Cuatro estudiantes

Argumento de la película

I

Hans Waldorf tocaba el piano admirablemente. No en balde vivía en Bonn, patria chica de Beethoven, cuyos viejos monumentos parecen aún empapados de la inmortalidad del sordo sublime.

Pero Hans no estaba allí por la admiración que profesaba al glorioso maestro, sino porque estudiaba en la Universidad de aquella población, centro de enseñanza al que afluían jóvenes de todos los rincones de Prusia.

Había alquilado un piso y se instaló en él con uno de los criados de su padre, que éste le cedió gustosamente.

Por regla general, Hans no estaba solo en su casa.

Siempre tenía un huésped u otro que aceptaba la invitación de buena gana, pues Hans tenía un paladar de rico y, comer a su mesa, era cien veces preferible a alimentarse de los menús que presentaban en las pensiones para estudiantes.

Era mediodía y el huésped que a la sazón tenía Hans, un muchacho que estudiaba química y sabía muy bien los efectos perniciosos que el alcohol produce en el cuerpo humano, tomaba el segundo vermut.

Siguiendo la costumbre de su país, cuando se quiere rendir el debido homenaje a alguna bebida, se había puesto un gorro de papel, para instalarse junto al piano, en el que Hans hacía una de sus frecuentes demostraciones.

Pero ahora no tocaba una obra de concierto, como era su costumbre, sino una canción sencilla y ligera que llegó incluso al alma del viejo criado.

De pronto creyó Hans oír una voz que cantaba la letra de aquella música. Dejó un momento de tocar y pudo convencerse de que, en efecto, una voz de mujer, fresca y juvenil, seguía, cantaba lo que él estaba tocando. Y cantaba con tal sentimiento, con tal dulzura, que se sintió vivamente interesado.

—Siéntate y sigue tocando tú—dijo a su amigo.

Obedeció éste y Hans se asomó a la ventana con el deseo de ver a la cantante.

Pero no lo logró. La voz salía de una ventana de la casa de al lado, y habría sido preciso colocarse enfrente de donde estaba Hans para verla.

Oyó de pronto la voz del criado.

—¡Qué voz tan dulce! Debe ser un ángel.

—Pero como en la tierra no hay ángeles ha de ser una mujer, que es lo que más se parece.

Y se tuvieron que conformar con oír aquella preciosa voz sin ver los labios, más preciosos aun, por donde surgía como manantial de oro.

Lore se llamaba la cantante. Andaba entonces en la cocina, sobre la que aleteaban como palomas sus lindas manos de nieve. Una maravilla de líneas que Praxiteles se habría sentido orgulloso de poder copiar.

La voz de Mizzi, resonando imperativamente a espaldas de Lore, interrumpió la canción.

—¿Todavía no comemos, Lore? ¡Esto es hambre y no lo que pasan en China!

La que así había hablado era una chiquilla de rostro simpático y sumamente graciosa. Sus rasgos principales eran una naricilla un tanto respingona y unos ojos vivísimos.

—Lo mismo digo—apoyó Grete, otra rubia de cara picaresca.

Y aun se oyó una cuarta voz, la de Mizzerl, que ratificó lo dicho por sus amigas.

Aquellas cuatro muchachas eran cuatro bravos estudiantes que luchaban enconadamente con las matemáticas, la física, la anatomía y otras asignaturas de parecido calibre, para asegurarse un porvenir.

Entre las cuatro habían alquilado aquel pisi-

to y en él pasaban la mayor parte de su tiempo, entregadas a la durísima tarea de penetrar el misterio de los voluminosos libros.

Por la mañana iban a la Universidad y aun hallaban el modo de dedicar algunos ratos a las tareas de la casa.

Naturalmente, aquel régimen de encierro y estudio no hacia la menor gracia a ninguna de las cuatro habitantes del pisito, pues eran jóvenes y bonitas, pero la vida tiene exigencias dolorosas.

Mizzi era la más desesperada de todas.

—¿Qué estás haciendo, Lore?

—La tortilla.

—Pues cualquiera diría que estás haciendo un rascacielos.

—No creas que es menos difícil hacer una tortilla con tanta patata y tan poco huevo.

—¿Ese es el primer plato, Lore?

—No; el último.

—Entonces, ¿cuál es el primero?

—Tortilla.

—¿Otra tortilla?

—No, la misma.

Mizzi lanzó un suspiro.

—¡Qué triste es la alegre vida del estudiante!

Y tras esta paradoja filosófica, las cuatro alumnas de la Universidad se sentaron a la mesa.

II

En el club de los "Rhenano-Borussen" estaban reunidos todos los socios. Iba a celebrarse la ceremonia de admisión de Hans.

El presidente del Club preguntó solememente:

—¿Estás dispuesto a llevar dignamente los colores de nuestro club?

Hans, que permanecía cuadrado militarmen-
te, repuso:

—Sí.

—¿Quieres pertenecer a nuestro club?—vol-
vió a preguntar el presidente.

Y Hans contestó:

—Sí.

—Entonces, desde este momento eres socio de
nuestro círculo.

Le puso una banda en la que se combinaban
los colores del club y le estrechó la mano.

Instantáneamente se deshizo la formación y
se desvaneció todo el rigor de la ceremonia.

Los compañeros de Hans le abrazaban efusivamente. Se destaparon unas botellas de champagne y se desbordó la espuma y la alegría.

* * *

Al mismo tiempo, tres de las cuatro estudiantes trabajaban, mientras la cuarta se dedicaba a la cultura física.

Esta era Grete que, cansada de luchar en vano con las ecuaciones de segundo grado, había arrojado el libro para dedicarse a la gimnasia. Estaba tendida en el suelo y sus magníficas piernas desnudas golpeaban acompasadamente una puerta en sus difíciles movimientos.



—... desde este momento eres socio de nuestro círculo.

Mizzi, que estaba aprendiendo de memoria los artículos del Código, protestó airadamente.

—¿Cuándo vas a terminar de hacer gimnasia, Grete? Así no hay modo de estudiar.

Grete se echó a reír,

—Si quieres creerme, deja el libro y dedica unos minutos a tus miembros, que tienen tanto derecho al ejercicio como tu cabeza.

Lore llenaba de fórmulas y cálculos pliegos y más pliegos. También empezaba a sentir como si le salieran chispas de la cabeza y también acabó por dejar el lápiz con un gesto de fastidio.

—Esto es horrible!

—Hacedme caso—recomendó Grete—. Esto es mucho más divertido que estudiar.

—Los exámenes se echan encima—replicó Lore.

—Y cuando más encima están, menos artículos del Código sé—exclamó Mizzi.

—Naturalmente. Eso nos sucede porque tenemos la cabeza sobre cargada. A los boxeadores cuando se entrenan con exceso, les pasa lo mismo.

Lore se levantó, se sentó al piano y comenzó a tocar. Era una alegre pieza de música que tuvo la virtud de levantar los abatidos ánimos de los cuatro estudiantes.

Grete abandonó su postura gimnástica y empezó a bailar. Era una verdadera bailarina. Había que ver la agilidad con que se movían aquellas piernas fortalecidas por el ejercicio.

Mizzi cantó, y Mizzerl, que era la menos bilingüe de las cuatro, adoptó una actitud de espectadora.

Lore se puso de pronto en pie y exclamó:
—¿Sabéis lo que esto significa, muchachas?

¡Carnaval en Colonia!

—En efecto. Así se llama la pieza.
—¿Y sabéis por qué la he tocado? Porque

en este momento se está celebrando en Colonia el Carnaval. ¡Bailes, disfraces, canciones, champagne, alegría!

—¡El delirio!—exclamó Grete—. Vámonos a Colonia.

—Os advierto—dijo Mizzi para facilitar la realización de la idea—que en caja tenemos tres cincuenta; es decir, bastante para el tren.

—Y llegaríamos a tiempo—dijo Lore—. El tren tarda sólo unos minutos.

—Todo eso estaría muy bien si tuviéramos disfraces—opuso Mizzerl.

—Los disfraces se alquilan.

—Pero eso cuesta dinero.

—Nos concederán crédito y Dios proveerá.

—¡Bravo, Lore! Has tenido una gran idea. Muchachas, dejad los libros y vamos a olvidar por unas horas las miserias de esta vida. ¡Viva el Carnaval!

III

Una casa, casi un palacio, en Colonia.

Los socios del club de estudiantes, al que pertenece Hans, ocupan las principales habitaciones, llenándolas totalmente con su estruendosa alegría.

Es la casa del padre de Hans, que se halla de temporada en Suiza, y el club estudiantil ha aprovechado esta circunstancia para tener un domicilio en Colonia durante el Carnaval.

Se bebe en proporciones asombrosas. Todos van desfilando, unos disfrazados y otros sin disfrazar. Un voluminoso estudiante de Derecho, envuelto en holgado dominó, ha caído en un sofá y se va sumiendo poco a poco en un profundo sopor.

De pronto, Hans, vestido de oficial de húspites, se da cuenta de que se ha quedado solo y se instala ante el aparato de radio, decidido a captar toda la alegría del Carnaval, cómodamente sentado en un sillón.

El del sofá murmura de vez en cuando:

—Hans, Hans. Tengo sed.

Y Hans responde invariablemente:

—Calla y duerme.

Aparte estos rápidos cambios de palabras, nadie se oyo en la mansión señorial de los Waldorf.

* * *

En el café "Koll'sche Jung", uno de los centros que más fama habían logrado a través del tiempo, después de medio siglo de éxitos durante los carnavales de Colonia, habían hecho una entrada ruidosamente triunfal las cuatro estudiantes.

Desde aquel momento, los clientes de "Koll'sche Jung" sólo tuvieron ojos para aquellas cuatro muchachas que habían tenido el acierto de no llevar la cara cubierta.

Cada una de ellas encontró inmediatamente varios caballeros que se ofrecían a custodiarlas, y ellas pudieron elegir.

Grete se sentó al lado de un guapo muchacho, candorosamente tímido, cualidad ésta que fué para la atrevida Grete el principal atractivo.

Mizzi se quedó con todos. Tenía un apetito devorador y se dijo que, para estas circunstancias estomacales, valía más la posible invitación de cuatro que de uno.

Mizzerl se quedó con el que le pareció más formal, y Lore los despreció a todos.

A los pocos momentos ninguna de las cuatro estudiantes se conservaba dentro de los límites de la prudencia. Demasiadas copas de champaña para quien tan poca costumbre tenía deingerir la exquisita bebida.

Toda esta algazara llegaba a oídos de Hans merced al magnífico aparato de radio que manejaba. Sobre él había una pantalla de televisión, pero no le interesaba ver lo que estaba oyendo. Era mejor escuchar la música con los ojos entornados y saboreando un buen cigarro puro.

De pronto, dijo el altavoz:

—Este es el local de "Koll'sche Jung". La principal atracción de esta noche son cuatro preciosas muchachas que acaban de traer a este establecimiento la juventud y la belleza. Hay una, acaso la más hermosa, que vaga por el salón, solitaria. Voy a ver si consigo que salude a los radioyentes.

Hubo en Hans un movimiento de curiosidad e hizo funcionar la pantalla de la televisión.

Una rubia magnífica, arrogante, escultural, se acercó el micrófono, conducida por el speaker.

—Pero ¿qué voy a decir?—protestaba ella.

—Acaso podría usted expresar su mayor deseo en esta noche de Carnaval.

No pareció mal la idea a la hermosa rubia, que dijo en el micrófono:

—Mi mayor deseo para esta noche de alegría es tener por caballero un auténtico y fiel capitán de húsares.

Hans se puso en pie de un salto. ¡Vaya mujer! ¡Y qué voz tan encantadora! Indudablemente estaba haciendo el tonto ante el aparato de radio. Su puesto estaba en el café "Koll'sche Jung". ¿Quién podría a él demostrarle que el uniforme de oficial de húsares que llevaba era un disfraz?

Intentó despertar al compañero que dormía en el sofá, pero pronto se convenció de la inutilidad de su deseo. No habría sido más difícil hacer andar a un saco.

Y minutos después entraba Hans en el café "Koll'sche Jung".

Reconoció en seguida en Lore a la muchacha que había solicitado un capitán de húsares y se ofreció decididamente a ella.

—Aquí está lo que usted busca, señorita.

Ella le miró con sorpresa. Fué un examen detenido durante el que los preciosos ojos de Lore fueron desde los pies hasta la cabeza de Hans.

Una sonrisa de complacencia siguió al examen. Sonó la música. Hans se apoderó del talle de Lore y empezaron a bailar.

IV

Y pasaron algunas horas que ninguna de las cuatro estudiantes podría olvidar.

Mizzi, harta de champaña, pidió una chuleta a uno de sus adoradores, y en seguida se vió rodeada de platos que servían de base a los



...y empezaron a bailar.

manjares más exquisitos. Cada uno de sus múltiples adoradores, con el deseo de congraciarse con ella y comprendiendo que el punto débil

de aquella preciosidad era el estómago, le ofreció un plato distinto.

Grete, en cambio, no había logrado arrancar una sola palabra de su tímido adorador. Todo eran miradas apasionadas y sonrisas ruborosas.

Pero Grete lo soportaba todo de buen grado, pues era lo cierto que el joven estudiante le gustaba cada vez más.

En cuanto a Lore, ya no podía precisar si se encontraba en la tierra o en el cielo.

Las palabras de Hans habían ido socavando su corazón, al mismo tiempo que el champaña hacía estragos en su mente.

Sin poder precisar cómo, se encontró de pronto en el salón de una casa particular.

Tenía una vaga idea de que había suspendido por unos momentos el baile para tomar un auto. Pero lo curioso era que ahora se encontraba en brazos de su capitán de húsares, con la cabeza apoyada en el hombro de él y bailando al son de la orquesta del café "Koll'sche Jung".

Esto último lo comprendió al ver el aparato de radio, pero todo lo demás se deslizaba en su pensamiento con esa imprecisión perezosa de los sueños.

—¿Dónde estoy? —inquirió como si acabara de volver a la realidad después de un desvanecimiento.

—Esta es la casa de mi padre. Yo vivo en Bonn.

—¿En Bonn? Allí vivo yo también.

—¿De veras? ¡Qué feliz casualidad! Dime, ¿en qué calle vives?

—No hay que ser tan curioso.

Acompañó a estas palabras un gesto tan deli-

cioso de coquetería, que Hans no pudo menos de rodear con sus brazos el cuerpo maravilloso de Lore.

—Sí, he de saber dónde vives. No te dejaré marchar como no tenga la seguridad de que he de volverte a ver.

Había pronunciado estas palabras en un tono vehemente y apasionado, cuya sinceridad se evidenciaba en el temblor de su voz.

Lore perdió el dominio de sí misma. Aquel hombre producía en su alma un efecto tan perturbador como el champaña.

Sin embargo, como todo le ocurría aquella noche por sorpresa, notó el calor de los labios de Hans sobre los suyos.

Murmurlos imperceptibles, incoherentes, siguieron al beso. Estaban abrazados en medio del salón, mirándose a los ojos.

De pronto, ella se estremeció. Había oído un ronquido y descubrió al compañero de Hans, que seguía durmiendo en el sofá pesadamente.

—¿Quién es?

—No temas. Está como una cuba. Es un condiscípulo.

—¿Condiscípulo? ¿Luego eres estudiante?

—Sí; pertenezco a la corporación Rhenano-Borussen. Todos los Waldorf hemos pertenecido a este club.

Al oír este apellido, Lore empalideció.

—¿Waldorf? ¿Eres hijo de Waldorf, el gran industrial?

—Sí. ¿Te contraría?

—No, ¿por qué? —repuso Lore amargamente. —Estamos en noche de farsa.

—Protesto. Te aseguro que por mi parte soy sincero. ¿Acaso tú no lo eras?

—Creo que hay demasiada distancia entre un Waldorf y una muchacha que no tiene más bienes de fortuna que sus brazos.

—Pero da la casualidad que esa muchacha es la más hermosa del mundo, y que hay un Waldorf que se siente orgulloso de conocer el sabor de sus labios.

—Habrás de olvidar esto, Hans.

—De ningún modo. Esos labios han de ser para mí, y sólo para mí.

—Mañana, cuando tu espíritu haya recobrado la tranquilidad, cambiarás de opinión.

—Jamás me he sentido más sereno que esta noche, después de haberte tenido cerca y de haber leído en tus ojos la verdadera felicidad.

Tuvieron que dejar la discusión. No podían ponerse de acuerdo.

Hans se sentó al piano y Lore cantó. Así les sorprendió el amanecer. Así les sorprendió lo que para Lore era la realidad, la lucha por la vida.

V

—Te veo preocupado, Lore. Creo que tu capitán de húsares te ha impresionado excesivamente.

—Y el caso es, Mizzerl, que no es capitán de

húsares, sino un estudiante que vive en la casa de al lado.

—¿Y un simple estudiante te preocupa?

—¡Ojalá fuera un simple estudiante! Pero resulta que es nada menos que un Waldorf.

—¡Un Waldorf! ¡Chiquilla, qué suerte!

La entusiasta exclamación había sido lanzada por Grete, que añadió en seguida:

—Yo me he tenido que conformar con un tímido estudiante de farmacia. Pero no me pesa. ¡Tiene un cabello tan precioso y una mirada tan encantadora!

Entró Mizzi en este momento, dando muestras de desesperación.

—Total, cinco marcos. ¿Qué podemos hacer con cinco marcos, cuando debemos más de cien, aparte la factura de los disfraces y todavía no hemos pagado la casa?

—¿No cuentas la comida? —inquirió Grete.

—La comida está por hoy solucionada. Tenemos cinco marcos.

—¿De dónde los has sacado?

—No me déis las gracias. He empeñado mi reloj.

—¡Oh, Mizzi! ¡Eres un ángel!

—Ya sabía yo que os teníais que conmover.

—Pero ¿y mañana? —inquirió Mizzerl.

—Mañana —repuso Lore solemnemente— tendremos para comer y para pagar parte de las deudas.

Todos los ojos se volvieron a ella con euforia.

—¿Qué dices?

—Ningún día nos faltará la comida y todo lo iremos pagando poco a poco.

—¡Por Dios, Lore! Di de una vez qué gran idea se te ha ocurrido.

—Veréis. Todas sabemos tocar algún instrumento y Grete es una bailarina consumada. Formaremos una orquesta y el dueño de "Koll'sche Jung" nos contratará, adelantándonos todo lo que necesitemos para la preparación del número. Durante el día estudiaremos y por la noche a hacer música. La orquesta se titulará "Las Muchachas del Rhin".

La idea fué acogida con gran entusiasmo.

—Tienes más talento que Edison —exclamó Mizzi—. ¡Y con lo bien que guisan en el "Koll'sche Jung"!

—Mi estudiante es cliente asiduo de ese café —dijo Grete alegremente—. Ahora sí que tengo la seguridad de conquistarlo.

Aquella misma tarde quedó todo convenido con el dueño del café y "Las Muchachas del Rhin" tuvieron un éxito clamoroso.

Todas las noches se llenaba el establecimiento y Mizzi salía a ración de pollo por día, porque el dueño no podía negar nada a quien tan lindos beneficios le producía.

Grete acabó de cautivar con sus bailes y con sus magníficas piernas al tímido estudiante de farmacia y únicamente Lore no adelantó un paso en la realización de aquel sueño que ya no podría apartarse de su corazón ni de su mente.

Una noche, la alegre Grete anunció al auditorio:

—Señores, vamos a estrenar la canción titulada "La Muchacha del Rhin", de Willy Osterman.



...tuvieron un éxito clamoroso.

Y tocaron y cantaron:

*En una orquesta de muchachas
el niño Amor marca el compás,
y así las notas y el amor
un rendezvous se dan.*

*Cuando hacen jazz unas muchachas,
parece el mundo lleno de sol;
por las abiertas puertas del alma
entran la música y el amor.*

*Y si yo amo a una mujer
de junto al Rhin debe de ser.*

*Tú eres mi gran amor,
pequeño camarada;
por ese gran amor
hago yo lo que hago.*

*Tú eres mi gran amor,
pequeño camarada.
Y si yo amo a una mujer,
de junto al Rhin debe de ser.*

Fué un éxito sin precedentes. Hasta los periódicos hablaron en tono elogioso de "Las Muchachas del Rhin".

Pero ¡qué lejos estaban de sospechar los espectadores lo que había tras las sonrisas de aquellas cuatro preciosas muchachas!

Por la noche, a tocar en el café, por la mañana, a la Universidad, por la tarde, a estudiar las lecciones del día siguiente.

Un régimen así, sólo aquellas cuatro valientes muchachas podían soportarlo.

VI

En el club se celebraba una gran fiesta con motivo del cumpleaños del presidente.

Las botellas vacías formaban ya un gran montón en el rincón de la sala, y la animación de los comensales estaba perfectamente de

acuerdo con la cantidad de cascós vacíos que iba amontonando el criado.

El único que se mantenía sereno era Hans. Tomaba parte en la fiesta obligado por la amistad que le unía al presidente, pues su gusto habría sido mantenerse lejos de toda diversión.



... se celebraba una gran fiesta...

Una honda preocupación le dominaba y abatía.

Desde aquella noche inolvidable de carnaval, no había cesado de buscar en vano a la mujer que se había posesionado de su corazón.

De pronto, se levantó el organizador del banquete y dijo a la concurrencia:

—Señores, ahora viene el mejor número de la fiesta. A costa de grandes sacrificios, he logrado contratar a la más deliciosa orquesta de muchachas que hay en toda Prusia y la cual va a deleitarnos con sus bellas canciones.

—¡Que se vean las beldades!—dijo una voz.

—Eso sí que no puede ser—contestó el organizador en son de lamento—. Las muchachas han puesto como condición el no dejarse ver por los comensales, y yo he dado palabra de honor de que así será. Están en el cuarto de al lado esperando mi señal para empezar el concierto. ¡Atención, señores!

Dió dos palmadas y la música empezó.

Lore, la directora y violinista de la orquesta, tocaba con una torpeza desusada. Es que sabía que al otro lado de aquella puerta estaba Hans, el amado imposible. Por eso había impuesto como condición para aceptar el ventajoso contrato, que la orquesta tocara sin ser vista por los comensales.

Grande fué el éxito que obtuvieron con su primer número, pero en el segundo se desbordó el entusiasmo de los jóvenes socios del club. "Las Muchachas del Rhin" añadieron el canto a la música y aquellas voces frescas y juveniles acabaron de perturbar el ánimo de los estudiantes.

Uno de ellos se puso en pie con grandes trabajos y comenzó a dar vueltas por el salón hasta hallar la ocasión propicia para deslizarse en el cuarto donde tocaba la orquesta.

Su embriaguez no le impidió darse cuenta de que era Lore la más hermosa de las cuatro y,

sin que ella tuviese tiempo de evitar el ataque, se arrojó sobre ella.

Todos los que estaban en el salón oyeron el grito de horror y de angustia que lanzó Lore, pero sólo Hans estaba lo bastante sereno para no disculpar la acción indigna del borracho.

Acudió rápidamente en defensa de la ofendida y se quedó un momento estupefacto al ver que era Lore.

En seguida se sobrepuso y, cogiendo al beodo de un brazo, lo separó violentamente de Lore y lo envió al suelo de un fuerte golpe en el mentón.

El agresor había ido a caer en medio del salón y Hans cerró la puerta, quedando a solas con Lore, pues sus amigas se habían refugiado en una habitación contigua.

Lore y Hans cruzaron una mirada llena de emoción.

—Has puesto la mano encima de un compañero—exclamó ella apenada—y eso se paga con la expulsión de los clubs de estudiantes. ¡Y todo por mí!

Pero Hans la rodeó amorosamente con los brazos.

—¡Qué importa eso, Lore! ¡Qué me importa nada, después de haberte encontrado! Ahora sí que no te escaparás. ¿Verdad, Lore, que ya no nos separaremos?

Sabe Dios a costa de qué heroicos esfuerzos logró Lore rechazar lo que tanto deseaba.

—El caso es, Hans—musitó—, qué he de marchar al extranjero dentro de tres días.

—¿Al extranjero? ¿A qué?

—Un contrato...

—¡Bah! Lo rescindiremos.

—No, Hans, no puede ser. No puedo abandonar a mis amigas.

Hans tuvo un gesto de profundo disgusto.

—Todo eso son excusas, Lore. ¡Si tú hubieras pensado en mí como he pensado en ti yo desde aquella noche feliz en que nos conocimos! ¡Si tú me quisieras sólo una centésima parte de lo que yo te quiero!...

—¡Calla, Hans, calla!— suplicó Lore, sintiéndose vencida por momentos. —¡Que no te quiero! ¿Acaso no has sabido leer en mis ojos, a pesar de haberlos tenido tan cerca aquella noche?

—¡Oh, Lore!— exclamó Hans apoderándose de sus manos con suavidad acariciadora y reverente. —Oírte hablar así es para mí como una música deliciosa... Pero quiero que me pruebes ese amor. Concédeme estos tres días. Pasearemos por el Rhin. Haremos planes para el futuro. Seremos exclusivamente el uno para el otro. Di, Lore, ¿me lo concedes?

Y Lore, incapaz de seguir luchando, murmuró:

—Lo que tú quieras, Hans.

VII

Fueron unos días inolvidables. En los atardeceres, una barca les llevó sobre las aguas impasibles del Rhin; por las mañanas buscaron el

diluvio de sol en los parques floridos; por las noches cambiaron sus sueños a distancia.

Era el tercer día, el tercer ocaso.

La barca surcaba suavemente las aguas dormidas.

Lore había dicho:

—Mañana, todo habrá terminado.

Y los dos enmudecieron con un movimiento de horror ante el drama que para ellos representaba el porvenir.

De pronto, Hans exclamó:

—No puede ser, Lore, no puede ser. Sería una locura que nos volviéramos a separar después de habernos encontrado. Equivaldría a buscar nuestra propia desgracia. Mañana hablaré con mi padre.

—Y tu padre se reirá de ti—repuso Lore tristemente.

—Entonces prescindiré de mi padre y nos casaremos. Dejaré los estudios y trabajaré para ganarme la vida. ¿Estás dispuesto a ayudarme?

—A ayudarte a que rompas con tu padre y a que sacrifiques tu porvenir, no.

—Pues bien; ni siquiera tu ayuda necesito. Yo lo haré todo.

Y Hans dijo esto con un tono tal de decisión, que Lore comprendió sería inútil todo intento para hacerlo retroceder.

* * *

Estaba Lore llenando cuartillas de fórmulas químicas, cuando la portera le anunció que un caballero deseaba verla.

—¿Un caballero? Hágale pasar. Voy a arreglarme un poco. Parezco una gitana.

El caballero entró y se sentó ante la mesa que antes ocupaba Lore.

Durante la espera se acordó de algo que debía de ser para él sumamente interesante, puesto que lo apuntó en uno de los papeles que había sobre la mesa. Después dobló el papel distraídamente y se lo guardó en el bolsillo.

Se puso en pie al ver entrar a Lore, pero ella le invitó amablemente:

—Siéntese y diga lo que desea, caballero.

—Gracias. Voy a hablar sin rodeos. Me llamo Waldorf.

Lore se inmutó ligeramente:

—¿El padre de...?

—Sí, señorita. El padre de Hans. Y precisamente de él quiero hablarle. El muchacho ha venido a hablarme de su boda con usted. Ahora que la estoy viendo, no me extraña que Hans se haya enamorado hasta el punto de querer casarse, pero...

Se detuvo ante la dureza de lo que tenía que decir.

Lore, repuesta ya de su sorpresa, le invitó fríamente:

—Continúe. Sé poco más o menos lo que voy a oír.

—Espero que sea usted comprensiva. Necesito a Hans para que dirija las fábricas que han de ser suyas. Yo ya tengo edad de ir pensando en el retiro. ¿Comprende usted lo que quiero decir?

—Lo comprendo perfectamente. He de renunciar a Hans.

—Naturalmente, no pretendo que haga usted en balde este sacrificio. De modo que...

Pero Lore le atajó:

—Basta, señor Waldorf. No me haga usted la ofensa de creerse con derecho a comprar mis sacrificios. Puedo asegurarle que Hans no me volverá a ver. Le basta con esto, ¿verdad?

Lore se había puesto en pie y hablaba altivamente. El señor Waldorf se levantó un tanto desconcertado y sorprendido.

—Muchas gracias—murmuró inclinándose como si de pronto tuviera la impresión de que estaba ante una gran dama.

Cuando Lore le oyó cerrar la puerta, empezó a recoger los papeles para guardarlos. Necesitaba salir a la calle inmediatamente, andar, respirar el aire libre. De otro modo, el dolor la habría matado.

Pero de pronto, echó de menos la cuartilla que Waldorf se había llevado, y salió en su busca.

Lo alcanzó a media escalera.

—Perdón, señor Waldorf. ¿No se habrá usted llevado un papel de encima de mi mesa, distraídamente?

Waldorf recordó en el acto que, en efecto, se había guardado un papel, y lo sacó del bolsillo.

—Perdóname. Creí que era un papel en blanco y he hecho en él una anotación importante.

Al desenvolverlo le llamó la atención lo que en él había escrito, y lo examinó con curiosidad.

—Son fórmulas de química. ¿Las ha escrito usted?

—Sí, señor. Pertenecen a los ejercicios que he de presentar en los exámenes para el doctorado.

—¿Para el doctorado?

Y Waldorf miraba a Lore con una mezcla de admiración y asombro.

—¡Caramba, caramba!—exclamó, como obedeciendo a una repentina decisión—. Eso es sumamente interesante. Subamos otra vez. Hemos de seguir hablando.

Y la conversación continuó en tono muy distinto.

* * *

—¿Me llamabas, papá?

—Sí, Hans—repuso el señor Waldorf, que estaba sentado ante su mesa de escritorio—. He de hablarte de la muchacha de la orquesta. El asunto se ha arreglado como mejor podía arreglarse.

—¿Se ha arreglado a tu gusto?—preguntó el joven severamente.

—Por supuesto. Ha habido una pequeña discusión, pero, por fin, nos hemos puesto de acuerdo.

Hans se estremeció. ¿Habría sido Lore capaz de renunciar a él por dinero? ¿O de qué ardides se habría valido su padre para persuadirla?

—Pero ella... ¿ha aceptado?

—¡Vaya si ha aceptado!

Y añadió sonriendo:

—Ahora, Hans, sólo he de pedirte que seas juicioso como ella. Tengo grandes proyectos para ti. Te casarás con una mujer que entienda algo de nuestra industria, para que, con su colaboración...



—¡Vaya si ha aceptado!

—¡Imposible!—le atajó Hans.

El señor Waldorf se puso en pie.

—Aquí mando yo, y habrás de obedecerme.

—Me rebelo!

Waldorf sonrió burlonamente.

—¡No grites, no grites! La muchacha que he escogido para ti, está en el antedespacho, esperando el momento de la presentación. Vas a conocerla.

El señor Waldorf abrió la puerta y Hans se quedó estupefacto al ver a Lore.

Ella lloraba de emoción y de alegría.

Hans se fué hacia ella con los brazos abiertos.

—¿Qué te parece, Hans? —inquirió el señor Waldorf en son de burla—. ¿Sigues rebelándote a obedecerme?

Y, por toda respuesta, Hans tendió uno de sus brazos hacia los hombros de su padre, dejando el otro sobre la espalda de Lore, y duplicó su amor y su ternura para estrechar contra su pecho a aquellos dos seres que representaban para él los dos mayores afectos de su vida.

FIN

Sírvase pedirnos los nuevos catálogos de EDICIONES BISTAGNE y se los remitiremos seguidamente.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas . 2. Madre pecadora . 3. Estrella simbólica . 4. La losa del pasado . 5. La mujer de Satanás.
6. Jimmy, el misterioso . 7. Nueva mujer, nueva vida.
8. Amanecer . 9. Tras la cortina . 10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora) . 11. En la vieja Arizona . 12. Honrarás a tu madre . 13. Nobleza baturra . 14. Su majestad El Amor . 15. Amor siniestro . 16. Eugenia Grandet . 17. Ana contra el mundo . 18. La hermana blanca . 19. De mujer a mujer . 20. Mujeres frívolas . 21. No me olvides . 22. El caballero del amor . 23. Estrellas fugaces . 24. Tobillos de oro.
25. En nombre de la amistad . 26. El prisionero de Zenda . 27. Sendas traicioneras . 28. El príncipe Stravos . 29. Fútbol, amor y toros . 30. Hombres peligrosos . 31. Sed de cariño . 32. Luna de miel . 33. Shari (la hechicera oriental).
34. El príncipe de los diamantes . 35. Una mujer en Wall Street . 36. Las tres hermanas . 37. Cara o cruz . 38. La calle del azar . 39. La batalla de París . 40. Malas compañías . 41. El conquistador . 42. La caza del millón . 43. El enemigo silencioso . 44. El príncipe X . 45. Canción gitana.
46. ¿Quién disparó? . 47. El capitán Tormenta . 48. Arco Iris . 49. Estrellas del «Edén» . 50. Siete días con licencia.
51. ¡Que hombre tan guapo! . 52. Bataclán . 53. La santa amistad . 54. Dramas del circo . 55. El reporter del diablo.
56. Vértigo del tango . 57. La noche es nuestra . 58. El premio de belleza . 59. ¡Siempre alerta! . 60. El misterio de Villa Elena . 61. El testamento Nodelkoft . 62. Oro y sangre.
63. Ingeniudad peligrosa . 64. La locura del oro . 65. Hermanas frívolas . 66. Estrellas de Occidente . 67. ¡Desamparado!
68. Un plato a la americana . 69. La casa de la flecha . 70. El defensor . 71. Jóvenes pecadores . 72. Esposas de médicos . 73. Su hombre . 74. ¡Vaya mujeres! . 75. Todo por el aire . 76. Flor de pasión . 77. Por un par de pijamas.
78. Pobre tenorio . 79. Música de besos . 80. El otro yo.
81. El camello negro . 82. A todo marcha . 83. Me voy a París . 84. Gordas y flacas . 85. Estaré sola a media noche.
86. El hijo pródigo . 87. La aventurera . 88. Tres muchachas francesas . 89. El temerario . 90. Mi padre es un fresco.
91. Ternura . 92. Rascacielos . 93. Un provinciano en París.
94. Diosas de Montmartre . 95. La huerranita . 96. El centauro.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Ediciones especiales

Precio popular: 1 pta.

Últimos éxitos publicados:

CAMAROTES DE LUJO

(producción hablada en español por dobles)

por Edmund Lowe, Lois Moran, Greta Nissen

LOS HIJOS DE LA CALLE

por Victor Francen, Gaby Morlay, etc.

LA DIVORCIADA

por Norma Shearer, Conrad Nagel, etc.

MADAME SATÁN

por Reginald Denny, Kay Johnson, Lillian Roth

¿CUANDO TE SUICIDAS?

por Império Argentina

Acaba de aparecer la deliciosa comedia

MARIANITA

por Janet Gaynor y Charles Farrell

Esta semana aparecerá:

EL CARNET AMARILLO

por Elisa Landi, Lionel Barrymore, etc.

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
